

pre que hablaba con Felipe II se cortaba hasta el punto de no acertar con lo que queria decir. Conociendo el Rey, por la noticia que tenia de él, que su turbacion nacia del respeto con que ponía los ojos en la majestad, le dijo en cierta ocasion: *D. Alonso, habládme por escrito*. Asi lo ejecutó el autor del famoso poema, y el Rey le despachó é hizo merced (\*). Este hecho no pertenece, por cierto, á los que produjeron los malos resultados de que ahora poco nos ocupábamos. Se dice de cierto presidente de Ordenes, que le llevó al sepulcro una mirada suya, mezclada con alguna reprimenda por haber revelado á la reina Ana ciertas cláusulas de su testamento. Cítase igualmente á un virey del Perú, á quien aconteció igual desgracia por haberle dicho Felipe II que le habia enviado á Indias *no para que matase reyes, sino para que sirviese á reyes*. Y lo mismo se dice de otro personaje cuya lápida sepulcral existe aún en la iglesia de Santo Tomás, el cual sucumbió de resultas de cierta dura reprimenda que le dirigió Felipe II, por haber vertido equivocadamente delante de él sobre un escrito el tintero en vez de la salvadera (\*\*).

No hace mucho hemos dicho que se murmuraba. Felipe II tenia una verdadera policia montada bajo su direccion, y de la cual él mismo era el gefe; así es que se hallaba perfectamente al corriente de todo cuanto se decia respecto del Escorial, y de todas cuantas suposiciones y conjeturas se atrevian á pronunciar sus vasallos acerca de las sumas que invertia en la fundacion del convento. Sabíalo todo; y bien fuese por acallar esos rumores, bien por la curiosidad de tener un dato seguro, mandó á Herrera que hiciese un cálculo del coste de todos los trabajos, dando igual comision al lego Villacastin. El primero hizo subir el coste á millon y medio de ducados, mientras que el segundo no llegó mas que á seiscientos mil. Le pareció á Felipe II que la primera cantidad era exajerada y la segunda muy pequeña, y entre estos dos extremos tomó un término medio, que le dió el resultado que buscaba. En esta ocasion superó tambien el talento del Obrero, como se verá en el capítulo siguiente.

(\*) *Avisos para palacio*, impresos á continuacion de la *Carta y guia de casados*, folio 194.

(\*\*) Dícese que le dirigió estas palabras: «Sabad, señor mal secretario, para lo porvenir, que este es el tintero y aquella la salvadera.» (Obra citada.)



# CAPITULO IV.

1575—1578.

*Noticias de D. Juan de Austria en Italia.—Marcha el Rey al Escorial.—Su impaciencia.—Nuevo método de edificar propuesto por Herrera, y dificultades que encontró.—Sus ventajas.—D. Juan de Austria en el Escorial.—Santa Teresa en el Escorial.—Division de la obra por destajos.—Principio de la biblioteca.—Alboroto de los canteros vizcainos.—Notables palabras del lego Villacastin.—Recibe el capelo cardenalicio el principe Alberto de Austria.—Entrega de la Rosa de Oro á la Reina de España.—Ceremonias.—Primer incendio en la fábrica.—Serenidad del Duque de Alba.—El monje relojero.—Perro negro del Escorial.—Recibe el hábito de S. Juan el principe Archiduque de Austria.—Auto de fe.—Cometa famoso.—Triunfos de D. Juan de Austria.*



OCO tiempo hacia que D. Juan de Austria se hallaba en Italia, donde de orden de su hermano estaba atento á las cosas de Génova, así como á preservar aquellos dominios de una invasion musulmana. Amado este príncipe por los italianos, y solicitado de los católicos ingleses, irlandeses y escoceses, llegaron estos al extremo de ofrecerle la corona de la Gran Bretaña, si conseguia librarlos de la opresion en que la reina Isabel los tenia. Completamente de acuerdo el Pontífice con el hermano de Felipe II, fomentaba esta empresa por medio de su secretario Juan de Escobedo. Pero D. Juan de Zúñiga, que á la sazón estaba en Roma de embajador, de todo daba aviso al Rey de España; y como nunca fueron agradables á éste ni sonaron bien en sus oídos las proposiciones que por tantos lados veia hacer á su hermano brindándole con tamaños dones, hizo saber á Su Santidad que estimaba en mucho el singular aprecio que á su hermano manifestaba y la honra que le hacia, pero que no aprobaba la proyectada y pretendida expedicion de D. Juan á Inglaterra. En efecto, aquel asunto le puso en gran cuidado; porque el Rey como nos dice uno de los biógrafos del de Austria: «No queria que su hermano tuviera mas voluntad que la suya »propia, ni mas honor y bien que el que él le diese.»

Algun tanto desembarazada la imaginacion de Felipe II de estos y otros sucesos políticos que le preocupaban, é impedian dedicarse como deseaba al nuevo plan de edificacion propuesto por Villacastin, creció su contento y esperanza á pesar de no ser ni con mucho lo que él se habia imaginado.

Su mal disimulada impaciencia por ver crecer la fábrica á costa de cualquier sacrificio no estaba aún satisfecha, pero pronto iba á estarlo, merced al talento de Herrera, por mas estorbos que hallara en su camino, nacidos los unos de la emulacion, promovidos los otros por la ignorancia ó la envidia. Juan de Herrera, que á la esperiencia que habia adquirido en trece años que estuvo al lado de su maestro, poseia un talento despejado, un claro ingenio, y grandes conocimientos en las ciencias exactas; tan pronto como